

«Castilla contrajo drásticamente sus recursos económicos e intelectuales en el preciso momento en que estaba a punto de convertirse en una potencia mundial»...

Con gran profusión de detalles (desde el nacimiento de la cristalería andaluza hasta el relato de la peste negra de 1348, la misma que inspiró a Boccaccio el «Decamerón», etc...), Jackson muestra el asentamiento ganadero de la Mesta y sus raíces sociopolíticas, el surgimiento comercial de Barcelona, el desarrollo del antisemitismo y la rabia delatora de los conversos, el nacimiento de la literatura medieval, etc. El resultado final es un pequeño volumen de grata lectura, una síntesis que será de mucha utilidad para los estudiantes y servirá de incitación para el conocimiento de los grandes historiadores de nuestra Edad Media. ■

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

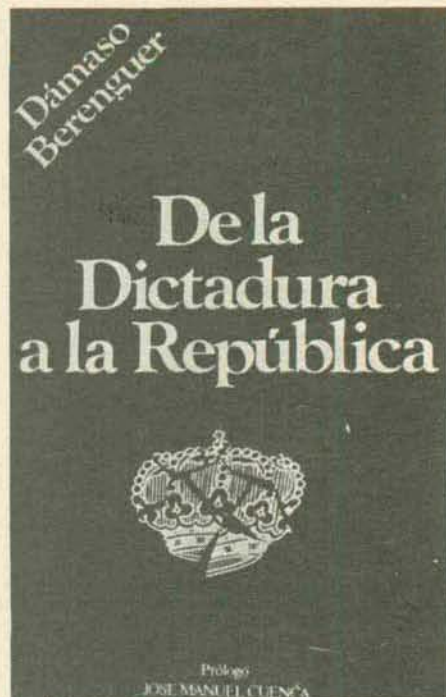
CONFESIONES DE DOS POLITICOS MONARQUICOS

Parece evidente que los políticos que ejercieron su actividad en los años que van de 1930 a 1939 han sentido más tarde la necesidad de escribir sus **Memorias**, unas veces para justificar su actitud ante los hechos, otras para dar testimonio de lo acaecido en estos años, y otras, en fin, para repartir declaraciones de culpa o de inocencia por el trágico final de la experiencia republicana. Tal es el caso de las obras de **Berenguer** y **Ossorio y Gallardo** recientemente reeditadas por ediciones Tebas (1 y 2) y con las que se abre una nueva colección de «Recuerdos y Memorias» destinada a recuperar algunos textos que responden a las características antes mencionadas. Aunque la similitud inicial no puede hacernos olvidar las diferencias entre ambos textos: mientras Berenguer se limita a des-

cribir el año 1930, es decir el período en el que estuvo en el poder, Ossorio escribe unas auténticas «Memorias», que abarcan desde su infancia hasta los años del exilio en Buenos Aires. Al margen de las diferencias, el interés de ambas obras reside fundamentalmente —como señala J. M. Cuenca en el prólogo al libro de Berenguer— en su carácter de testimonios directos, necesarios para comprender los acontecimientos que precedieron a la llegada de la República, y las actitudes de los distintos personajes y sectores políticos ante su aparición.

Berenguer y Ossorio procedían de campos políticos muy semejantes: ambos fueron monárquicos, aunque en un determinado momento sus posiciones se separaron decisivamente. Mientras Ossorio al proclamarse la República se puso a su servicio y ocupó cargos dentro del nuevo régimen, Berenguer se enfrentaría con ella, no sólo por su condición de monárquico sino como resultado de las responsabilidades asumidas al hacerse cargo, un año antes, de un Gobierno que no logró detener el declive de la Monarquía ni impedir el advenimiento del régimen republicano. Por ello resulta de utilidad la comparación de las actitudes de uno y de otro ante la evolución de los acontecimientos.

Berenguer, al que Eduardo Ortega y Gasset llamó en un mitin «dictador-zuelo centroamericano cazado en Cuba», era un militar nato, pero con aspiraciones políticas bien definidas: Fue ministro de la Guerra en 1918 y más tarde jefe de la Casa militar de Alfonso XIII. Al ser uno de los pocos políticos que mantuvo un contacto personal constante con el Rey, no es de extrañar que fuera él precisamente el encargado de superar la difícil situación derivada de la retirada de Primo de Rivera y de la necesidad de restablecer el régimen constitucional anulado durante siete años. Al encargarse de tan ardua tarea —«por lealtad al Rey y a mi Patria», según sus palabras— Berenguer tuvo que enfrentarse no sólo a la oposición republicana y socialista, sino también a los mismos partidos monárquicos que, por cansancio o por falta de organización, no estuvieron a la altura de los proyectos de Berenguer. La falta de apoyo, reflejada incluso en los ataques de la Prensa hasta entonces afecta a la



Monarquía (ataques que «confirmaban lo solos que nos íbamos quedando») dieron al traste con la esperanza de salvar la institución y normalizar la situación política, esperanza que constituía el eje fundamental del programa del gobierno Berenguer. Por eso, la actividad de este gobierno se encontró con sucesivos fracasos, reflejados uno tras otro en el texto de Berenguer. La convocatoria de elecciones para Cortes constituyentes fue recibida con declaraciones abstencionistas, el Partido Socialista y la UGT se enfrentaron progresivamente al Gobierno participando a partir de septiembre en gran número de huelgas, el Ejército ya no se presentaba tampoco como un cuerpo unido y coherente, como demuestran las rebeliones de Jaca y Cuatro Vientos... Pero además, y lo que es más importante, al celebrarse por fin las elecciones, la alternativa era radical: ya no se trataba de elegir entre varios partidos, sino de decidir en favor de la **Monarquía o la República**. Berenguer ya no podía cambiar la marcha de la Historia, ni salvar su responsabilidad ante el país. Pese a ello, se mantuvo en la brecha hasta el final, reclamando la adopción de las medidas más extremas, e incluso defendiendo hasta el último momento la declaración del Estado de Guerra una vez conocidos los resultados electorales. Pero de nuevo estaba sólo, mientras los demás miembros del Gobierno pactaban la transmisión de poderes con el Gobierno revolucionario, Alfonso XIII decidía marcharse del país, y a él

(1) Berenguer, Dámaso: **De la Dictadura a la República**. Ed. Tebas. Madrid 1975. 368 págs.

(2) Ossorio y Gallardo: **Mis memorias**. Ed. Tebas. Madrid 1975. 238 págs.

no le quedaba finalmente más remedio que claudicar y salir del Ministerio.

Al margen de los acontecimientos históricos, la obra de Berenguer refleja igualmente un muy limitado pensamiento político, articulado en torno al acatamiento hasta el último extremo a la Monarquía y a la nación, concepción más militar que política de la disciplina. Sobre esta base, la visión de su fracaso y de los móviles de su actuación aparece definida con toda claridad en las frases finales de su libro: «Me había cogido en el puente el momento del naufragio, y me hundía con el barco. Ciertamente que no embarqué en él por mi propia voluntad, sino en el cumplimiento de un deber».

Al comparar las actitudes de Ossorio con las de Berenguer, vemos que desde sus comienzos se marcan diferencias muy sensibles. Ossorio fue un abogado que inició su carrera política al ganar la elección para concejal de Madrid. En 1903 fue elegido diputado a Cortes por Caspe, cargo que desempeñó durante veinte años. Además, ocupó el puesto de Gobernador de Barcelona en 1909, dimitiendo el primer día de la «Semana Trágica» al considerar que todavía no había motivos para declarar el Estado de Guerra. Al caer Maura en 1913, hizo causa común con su jefe político y fundó el partido maurista en Bilbao. Su progresivo alejamiento de la Monarquía se refleja ya en 1923 al abandonar su puesto de diputado en Cortes como respuesta a la falta de representatividad de estas. Así declaró: «Me voy. El Parlamento ha llegado a ser cosa tan podrida que, para acabar con él, no hará falta ni siquiera un pronunciamiento militar. Bastará con un motín de estudiantes o un alboroto de verduleras. Y a mí no me han echado nunca de ninguna parte».

Sus «Memorias» recogen y tratan de justificar este progresivo alejamiento de la monarquía que culminó en la colaboración de Ossorio con el régimen republicano. Su devoción por la Corona procedía directamente del ambiente en el cual pasa la niñez y adolescencia, y en donde el recuerdo de la Primera República se asociaba con desorden, caos y anarquía. Por eso mismo, desde su juventud había sentido horror a todo lo que pudiera oler a República. Sin

embargo, a partir de 1923 con el golpe de Estado de Primo de Rivera, se pone en contra, primero del Dictador, y más tarde, del propio monarca. Su trayectoria a raíz de los acontecimientos políticos de estos años es absolutamente contraria a la adoptada por Berenguer, y esta diferencia de criterio se hará más sensible a partir de 1930. Ossorio, lo mismo que Berenguer, se encontraba aislado, porque pensaba que la monarquía había terminado en España, y así se lo manifestó al propio Berenguer: «El Rey está muerto políticamente desde el 13 de septiembre de 1923» y, por ello, no aceptó formar parte del Gobierno.

Al proclamarse la República, don Angel se puso a su servicio («yo soy —declaró— monárquico sin Rey al servicio de la República»), aunque siempre conservó sus ideas, que sólo se radicaliza a partir de 1936 con el estallido de la Guerra Civil. Al final, el destino de los dos políticos es totalmente distinto: mientras Berenguer fue procesado por el Gobierno republicano, Ossorio tiene que salir de España en 1939.

En conjunto, y como es lógico suponer, ambos textos tienen más valor descriptivo y testimonial que analítico. Pese a ello, o quizá por ello, su publicación resulta de suma utilidad para todos los interesados por la difícil evolución española del primer tercio de siglo, y abre camino para la edición de otro conjunto de testimonios que esperamos engrosen pronto la colección anunciada por Ediciones Tebas. ■ **MARIA RUIPEREZ**

SENDER, CRONISTA HISTORICO

Los avatares por los que transcurre la vida oficial del país, con sus continuos «un paso adelante dos atrás», han llevado a que en las librerías aparezca como «novedad», y realmente así lo es, una de las mejores obras de **Sender: «Requien por un campesino español»** (1), libro que fue escrito en 1952 al parecer en una semana, para formar parte de una

(1) Ramón J. Sender. «Requien por un campesino español». Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín, n.º 460. 2.ª edición. Barcelona 1975.

obra colectiva en la que se incluirían también trabajos de Unamuno y Pérez de Ayala. Sin embargo, ante el fracaso de este intento, fue publicado por primera vez en México en 1953 y con el título, creemos que menos espectacular, de **Mosén Millán**.

Ramón J. Sender ha sido un escritor comprometido con su tiempo, lo que le costaría permanecer en el exilio desde 1939 en que partió para Francia, en compañía de Machado entre otros, alejándole de su medio ambiente. A pesar de eso y de la lejanía en el tiempo entre los hechos y su concreción en el libro, Sender se nos sigue manifestando como uno de los mejores «cronistas» de hechos y periodos que han marcado una huella indeleble en el país, y este calificativo de cronista no es nada gratuito ya que él mismo se califica así en el prólogo de «Ariadna».

La acción se desarrolla en algún lugar de la «raya de Lérida» durante el período abarcado por la Segunda República, y sus protagonistas, aunque situados a tres niveles distintos, abarcan el total de la sociedad rural. Sin embargo, el auténtico protagonista en esta obra de Sender, y por desgracia en la realidad y no olvidemos que el relato está basado en hechos históricos, es anónimo. Es decir, el protagonista es todo un campesinado español, cuatro millones y medio de labradores, que se ven obligados a soportar unas relaciones de propiedad dignas del mejor feudalismo de épocas pretéritas dentro de pueblos en los que, como señala Sender, «son pobres hasta los ricos». Este tipo de relaciones permaneció intacto hasta 1931, ya que cualquier ataque al mismo era considerado como un atentado al orden público y por supuesto divino, y cuando la Iglesia, aliada incondicional de la nobleza terrateniente, no conseguía con sus admoniciones mantener el «status», éste era defendido incondicionalmente por el aparato represivo del Estado.

La huida de Alfonso XIII permitirá desde el poder, y por supuesto dentro de la legalidad, intentar establecer un nuevo estado de cosas que introdujera en el campo unas relaciones de tipo capitalista, y a ese fin tenderá la malograda Reforma Agraria. Como contrapunto de estos esfuerzos, Sender nos sitúa el 1936 en